

## Otoño

Otoño es una estación especial. Las hojas cogen colores marrones como el cobre, naranjas y amarillos. Los parques se convierten en lugares preciosos y con un encanto... Sobrenatural.

Una noche de septiembre volvía caminando a casa. Elegí el camino largo que está bastante mejor asfaltado. Ocurría algo extraño, a medida que me iba adentrando en el camino, todo se volvía tétrico: gradualmente, los árboles se veían más grisáceos, las bonitas hojas con ese color tan rústico iban perdiendo volumen. Cada vez había más ramas desnudas. Todo parecía tener tan poca vida. Me topé con un lago. Me pareció ver una silueta en la otra orilla, no estaba bien definida, la niebla me impedía verla. Seguí caminando, un tanto intrigada, pero fui demasiado cobarde como para acercarme a mirar.

Caminaba a un paso prudente, notaba que me ponía un poco nerviosa pero llegó a un punto extremo cuando oí crujir una rama. Miré hacia atrás y nada. Comencé a andar aún mas deprisa, ¿me estaría dejando llevar por la histeria? Decidí tranquilizarme, pero se me hizo imposible cuando me dí cuenta de que el camino que seguía no era el que llevaba a mi casa. ¿Pero en que rayos estaba pensando para equivocarme!? Sin embargo, no recordaba ninguna bifurcación así en el camino a casa. Corrí para llegar a algún lado y, sin darme cuenta, acabé en la otra orilla del lago. Tenía miedo, estaba perdida en medio de un lugar en el que nunca había estado. Quería volver a casa pero no era capaz ni de diferenciar por donde había llegado. Intenté llamar a alguien. ¿¡Cómo no!? No había cobertura. Me estaba cansando, me pesaba cada kilogramo del cuerpo. Sin saber cómo, acabé desplomada en el suelo. Un fuerte olor a tierra invadía mis fosas nasales.

A lo lejos se encontraba la silueta que había visto antes, un hombre adulto bastante alto y corpulento, esta vez estaba acompañado de otro. En el suelo yacía un bulto, que, debido a mi ángulo de visión no conseguía adivinar que era. La pareja parecía estar discutiendo acerca de él. Hice acopio de mis fuerzas e intenté levantarme pensando en que ellos me podrían ayudar a volver a casa. Al levantarme partí una rama por la mitad, el chasquido alertó a la pareja. A medida que uno se acercaba les pedía ayuda: "Buenas. Lo siento me he perdido, ¿alguien podría...?" Me callé al ver que el bulto del suelo era un cadáver y que, aún a cierta distancia, ¡el hombre desenterraba un arma!

Corrí, notaba mis hormonas revolucionadas creando una cantidad desproporcionada de adrenalina. En esos momentos no sabía de que dependía mi vida, no sabía si me estaba persiguiendo o no, si debía seguir corriendo o no... Decidí parar. El hombre se encontraba a dos metros de distancia de mí. Me estaba apuntando. La boca de la pistola me miraba fijamente, paciente, letal. Se acercó y me pegó en la cabeza con el arma. Caí al suelo inconsciente.

Desperté en un lugar desconocido, había perdido toda referencia en cuanto al tiempo y el lugar que me podía quedar. A mi alrededor no había más que una habitación desnuda. Yo me encontraba sentada en una silla, atada a ella con fuerza. La sensación que ese lugar me producía era extraña, cualquier persona hubiera querido escapar, se hubiera movilizado. Yo decidí esperar sentada a que algo ocurriera. Estaba tranquila, descansada. Había muchas preguntas sin responder pero su respuesta no me corría prisa. Comencé a reflexionar, síntoma de que al menos mentalmente estaba rehabilitada. Pensé en mi vida, una joven trabajando en una jornada de tarde en un local de comida rápida, que vive sola en su piso de treinta metros cuadrados, y que no tiene planes para las próximas dos semanas. Nadie se iba a preocupar en buscarme. Tampoco le hice mucho caso a eso. Me pareció más interesante pararme a pensar en los sucesos de la noche del lago, en lo que hacían esas dos siluetas con el cadáver, ¿serían asesinos a sueldo? ¿Qué les había llevado a esa situación? ¿Por qué no me mataron? El hombre musculoso entró por la única puerta de la habitación. Acto seguido entró el segundo individuo. La sorpresa invadió mi cerebro; eran dos de mis compañeros del restaurante. Por lo visto les había ido mejor que a mí y habían conseguido pluriemplearse. Se preguntaban qué iban a hacer conmigo. Parecían necesitar gente, esa debía ser la razón principal por la que continuaba con vida. Por un momento me agradó la idea de formar parte de algo tan emocionante como una doble vida, aunque eso supusiera ser una asesina. Dicho así sonaba muy brusco pero en realidad no era otra cosa que una consecuencia más del sistema que al final no hace sino generar monstruos, engendros. Así que me ofrecí voluntaria para el puesto.

Ahora, con una nueva vida y unos nuevos amigos (a pesar de que hubieran intentado matarme), me siento llena, casi no siento pena por los cadáveres que yacen donde yo misma pude haberme encontrado.